

Como muchos músicos, mi camino comenzó gracias a una fabulosa pieza que escuché un día (y seguramente fueron muchas más, pero ha pasado ya un tiempo que no lo recuerdo del todo) que conmovió mi alma y corazón tan profundamente que me hizo soñar despierta: soñar de poder tocarla en el piano y replicar esas mismas emociones a través del instrumento. Tendría tal vez 10 o 13 años, pero no fue sino hasta un tiempo después que logré convencer a mis padres de finalmente empezar a tomar lecciones de piano.

Esto me llevó a estudiar música formalmente en el Conservatorio Nacional aquí en Guatemala. Y, como toda institución musical basada en la tradición, el currículum incluía no solamente piano en sí, sino también Solfeo, Historia de la Música, Armonía Tonal, y otras materias que pretenden nutrir (y de hecho, lo hacen) el propio entendimiento musical y, por consiguiente, la propia interpretación musical. Un par de años después decidí continuar mis estudios de Música en la Universidad, obteniendo el título de Profesora en Música y el título de grado en Composición Musical.

Todo esto me dio las herramientas necesarias para finalmente “tocar” el piano, que es lo que normalmente decimos cuando alguien “interpreta una pieza musical con ese instrumento”. Pero poco sabía yo que existe una dimensión enorme detrás del mero estudio de cualquier disciplina artística, y que muchas veces se pasa por alto y es subestimada: la Dimensión Humana, con todas sus complejidades y embrollos.

¿Y por qué es subestimada? Bueno, quizá porque normalmente asumimos que como artistas (músicos, pintores, escritores...) esa dimensión es inherente a nuestra naturaleza y, aunque eso sea cierto, nadie nos prepara para los reveses, contratiempos y experiencias negativas que inevitablemente forman parte del camino. Como músicos podemos sufrir de pánico escénico, podemos encontrarnos con maestros abusivos/autoritarios, podemos estar inmersos en un ambiente competitivamente tóxico, podemos ser el blanco de críticas malintencionadas, y nada de esto tiene que ver con las materias que aprendemos en la Academia y que nos preparan para convertirnos en músicos profesionales, pero sí tiene mucho que ver con quiénes somos (en general) como seres humanos y cómo practicamos nuestro arte.

Estas experiencias pueden llevarnos a reconsiderar nuestra trayectoria profesional, y a cuestionarnos si probablemente necesitemos un cambio. Muchos de nosotros probablemente decidamos hacer un cambio radical, otros probablemente decidamos hacer un cambio pequeño. Pero todo esto, inevitablemente, plantea la pregunta sobre cómo podemos prosperar al enfrentarnos a tan difíciles desafíos.

Comencé a buscar respuestas y empecé a leer blogs donde otros músicos compartían sus propias experiencias en situaciones similares, blogs donde profesores compartían sus reflexiones sobre cómo construir una técnica y un entorno de aprendizaje saludables, blogs donde los autores compartían sus pensamientos sobre creatividad y cómo fomentarla en la propia práctica, blogs que compartían consejos basados en investigaciones sobre cómo gestionar mejor la ansiedad escénica; y encontré excelentes recursos en autores como: Noa Kageyama, Forrest Kinney, William Westney, Graham Fitch, Penelope Roskell, Frances Wilson, Rhonda Rizzo, Zsolt Bognár y Michael Low.

En uno de esos blogs, me llamó particularmente la atención un artículo compartido por el Dr. Michael Low [donde hablaba sobre su propia experiencia con el piano](#), la ansiedad escénica y la tradición en la Educación Musical, cosas que realmente resonaron conmigo por lo que comencé a seguir de cerca su trabajo.

En algún momento, comenzamos a interactuar y a compartir nuestras impresiones musicales por medio de redes sociales y videollamada. Le compartí que estaba reestudiando el Intermezzo en La mayor Op. 118 no. 2 de Johannes Brahms, y le envié una grabación que hice de la pieza. Recuerdo que me dio algunas observaciones al respecto y me compartió su entusiasmo por trabajarlo musicalmente; y no estoy exagerando cuando digo que esta ha sido una experiencia que me ha cambiado la vida.

Debo decir que nunca había tenido la oportunidad de realmente **descubrir** y **experimentar** con esta (y ninguna otra) pieza, así como tampoco había tenido la oportunidad para “pensar fuera de la caja” musicalmente hablando, porque normalmente nos enseñan que existen “reglas” que como intérpretes debemos respetar y algunas veces incluso “temer”. No hay nada de malo con estas reglas, pero como artista uno siempre puede confiar en su propio criterio para usarlas, sin embargo, únicamente un artista y maestro de mente abierta puede ayudarlo a uno a descubrir eso, y uno de ellos es el Dr. Michael Low.

Me sorprende cuán espontáneamente el Dr. Low fomenta ese entorno seguro para la experimentación y cómo, a través de ejemplos divertidos y preguntas directas, desafía las propias creencias: ya sea sobre la pieza o el compositor, o sobre la propia interpretación, siempre de una forma muy amable y respetuosa, yendo más allá de la superficie ayudándolo a uno a pensar más como artista que simplemente como “intérprete del piano”. Y lo mejor es que hay muchos momentos *Eureka!*, cuando uno descubre todas las posibilidades que uno tiene en las propias manos, bajo su guía.

Y a pesar de que he estado en clases de piano antes, siempre ha existido una prisa y una presión de interpretar “perfectamente” cualquier pieza, no dejando ningún espacio para poder realmente descubrirla (además de los aspectos obvios de técnica y análisis que son intrínsecos al estudio musical), y de poder encontrar la propia voz como músico, y sobre todo: como artista. Cuando hay demasiado ruido afuera, de alguna forma nos distraemos de lo que debemos buscar dentro.

Luego de trabajar todo este tiempo con el Dr. Low y compartir interesantes conversaciones sobre Música, y al mismo tiempo aplicar y seguir todos sus consejos perspicaces en mi propia práctica (tanto como profesora así como pianista), he llegado a varias conclusiones que me hacen pensar en la pregunta planteada sobre cómo podemos prosperar.

No existe una única respuesta, ni tampoco una correcta o incorrecta, solamente hay un par de ideas generales que vale la pena tener siempre presentes: La Música es una carrera/experiencia de aprendizaje que dura toda la vida, donde uno de nuestros más grandes enemigos es la obsesión con la perfección; la amabilidad, en todo aspecto, hacia los demás y hacia nosotros mismos es capaz de cambiar la vida ya que hace maravillas; Paciencia con nuestro propio crecimiento artístico, pues no hay dos caminos iguales y tampoco hay una única solución para tan grande empresa.

Como escribió Vincent van Gogh a su hermano Théo, [en una carta fechada en mayo de 1882](#), sobre el significado de ser artista:

“(…) Esas palabras implican, naturalmente, siempre buscar sin realmente encontrar. Es exactamente lo opuesto de decir: ‘Ya lo sé, ya lo encontré’. Hasta donde yo entiendo, esas palabras significan: ‘Yo busco, yo persigo, mi corazón está en ello’”